

Elogio desmedido de...

Gabriel García Márquez

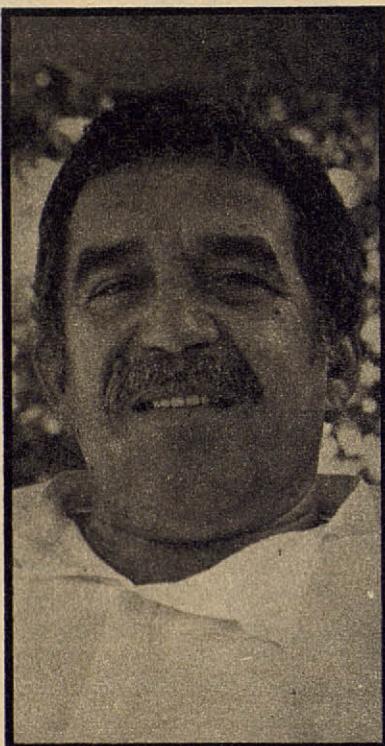
JOSE AGUSTIN GOYTISOLO

Entre bananeros, matas de fique, algodón y no recuerdo qué otras hierbas, en un clima caluroso y seco, con un régimen de lluvias que depende del capricho de los alisios, y al Sur de Santa Marta, capital del departamento colombiano de Magdalena, se encuentra Aracataca, ciudad famosa antes por sus minas de oro y hoy por haber nacido en ella un escritor con pinta de jefe de cuadrilla de bandoleros o de pirata dieciochesco, que se llama Gabriel García Márquez.

Esta región, bautizada por los conquistadores como Tierra Firme en la costa del Caribe, y como Castilla del Oro en la zona de Aracataca y más al Sur, es normalmente pasada por alto en los viajes turísticos que hacen el giro, a salto, Bogotá, Cartagena, Barranquilla y Santa Marta, para volver a la capital. Yo conocí ese departamento de Magdalena hace ya muchos años, acompañado en un larguísimo viaje por Eduardo Cote, un joven y brillante poeta colombiano, muerto poco después en absurdo accidente de automóvil. Por supuesto que en aquel recorrido debí pisar los pasos de García Márquez, pero entonces no le conocía ni de oídas, y además olvidé, incomprendidamente, si es que crucé el pueblo, el precioso nombre de Aracataca. De ese viaje con el poeta Cote recuerdo, eso sí, el encargo que me hizo para que yo, de regreso en España, le comprara e hiciera enviar, casi en camarote de lujo, un buen par de asnos garañones catalanes, concretamente de Vic, y me preocupase de que la agencia asnal se los depositara en Cúcuta, para cruzarlos allí con burros y yeguas santanderinas. ¡Qué cosas!

Pero me voy por las ramas. Total, que el García Márquez que yo no conocí hasta mucho después estaba ya de periodista y luego de corresponsal en *El Espectador* bogotano, en México o en París, y al poco publicaba su primera novela, *La hojarasca*, que alcanzó cierto éxito en Bogotá, la *Atenas de América*, llamada así quién sabrá por qué delirante fantasía localista, fruto del fervor cívico de alguno de los doscientos o trescientos mil poetastros que forman en la nómina de la historia capitalina.

Bien, García Márquez siguió dándole taca que taca, como buen cataquero, a su vieja máquina de escribir, en París, en La Habana, donde pudo, ejerciendo de periodista y corresponsal de *Prensa Latina* para comer, y de novelista, en notas, apuntes, esquemas y primeras versiones de sus futuras narraciones.



A partir de 1961 aparecieron, casi seguidos, dos relatos fantosíos, espléndidos por su innovación y rotundidad: *El coronel no tiene quién le escriba* y *Los funerales de Mamá Grande*. En el primero de ellos, sobre todo, ya Macondo ocupa su lugar en el mundo mítico y literariamente real del entorno mágico en el que se va a mover casi toda la obra de García Márquez, y que culmina en sus *Cien años de soledad*, aparecida en 1967. Olvidaba decir que, entre los anteriores relatos y esta gran novela, queda otra, *La mala hora*, quizás, con *La hojarasca*, de lo menos conocido, injustamente creó yo, de su obra total. Hablar de *Cien años de soledad* aquí es hacer perder el tiempo al lector, pues, ¿quién no ha leído esta novela? Sus ediciones y traducciones la han hecho millonaria, y a Gabo le han sacado del duro banco de periodista y le han permitido poderse dedicar a escribir, sin prisas. Es, por supuesto, una novela redonda, de las que justifican y consagran a un escritor, divierten y apasionan a cualquiera y dejan un regusto a cosa fina y sabrosa, fascinante.

Llegó a Barcelona años después, y apadrinado, como todos los buenos escritores, por Carmen Balcells, criatura de olfato afortunado y de maternal y gozosa solicitud con todos los caballos de su cuadra. Gabo se quedó a vivir en Barcelona bastante tiempo, en la calle Caponata, en el barrio de Sarriá, levantándose temprano, vistiendo un *chandall* azul, como de entrenamiento de jugador de baloncesto, con sus zapatillas reglamentarias incluidas, para ponerse a escribir, sin fallar ni un día, hasta la hora del almuerzo. Fue parco en recibir visitas o en dejarse ver, y esta selección de sus amistades

provocó en mucho curioso o en mucho admirador impertinente la sensación de que era un hombre orgulloso, engreído, poco simpático, y se le comparaba y compara, con desventaja para Gabo en este sentido, con Mario Vargas Llosa, por entonces amigo y vecino suyo. A mí si me cae bien el Gabriel, y me recuerda a alguno de sus personajes, políticamente hablando.

Sus últimos libros han sido *La increíble y triste historia de la cándida Eréndira y de su abuela desalmada* y *El otoño del patriarca*, dos libros diversos, dos obras de éxito. Ahora dice García Márquez que ha dejado, por el momento, la literatura de ficción, y que se está dedicando otra vez al ensayo sobre temas de sociología política latinoamericana. Pero no se fien, lo mismo se dispara y reincide con otra novela o volumen de cuentos. Ya verán. ●

clair Lewis, Melville ("Moby Dick"), Sherwood Anderson, Joyce, Faulkner, Dos Passos... A la vez, colaboraciones en la revista "La Cultura". Su pasión por la literatura norteamericana de nuestro siglo es devoradora, de tal modo que Pavese será, junto con otro gran escritor, Elio Vittorini, su introductor en Italia. Pero el apoliticismo de Pavese tampoco sirve. Una caída del grupo Giustizia e Libertà lo lleva a un largo confinamiento. En el juicio se encierra en un largo mutismo. Luego, desde la prisión, sus cartas no arderán precisamente de ardor militante, sino de desesperanza, de aburrimiento. Pavese no era un político, pero sí, y hasta la médula de los huesos, un escritor comprometido.

Los amores de Pavese van punteando su vida. Sabremos que ninguno puede pasar de un cierto límite, bien reflejado en la carta antes citada. En 1935, el año de la caída, Pavese inicia su diario, que será encontrado entre sus papeles póstumos bajo un título: "*Il mestiere di vivere*" ("*El oficio de vivir*"). Este diario, escrito para su uso personal, se convertirá, sin embargo, junto con sus "Cartas", en uno de los documentos capitales de la literatura y el pensamiento contemporáneos.

DE BRILLANTE PORVENIR

Un libro de versos, "*Lavorare stanca*" ("*Trabajar cansa*"), de 1936, que pasa prácticamente inadvertido, inicia la trayectoria del escritor. En 1941, en plena guerra, su primera novela, "*Paese tuo!*", un sórdido drama campesino de sangre y de violencia, iluminado por la extraña poesía capaz de dar carnalidad a la simbología más complicada, tan característica de Pavese. Pero la gran época, los años triunfales, vienen tras la liberación. Es cuando unos cuantos libros extraordinarios lo sitúan en esa primera fila, en la de los grandes, de la que será tan consciente en su diario, en sus cartas: "*Feria d'agosto*" ("*Feria de agosto*"), "*Il compagno*" ("*El camarada*"), "*Prima che il gallo canți*" ("*Antes que cante el gallo*"), "*La bella estate*" ("*El hermoso verano*"), "*La luna e i falò*" ("*La luna y las fogatas*"). Y los ensayos y artículos periodísticos, testimonio de su inmensa cultura, de su prodigiosa lucidez.

Pavese participa en el formidable renacimiento de la cultura italiana tras el fascismo y que tiene sus conquistas capitales en el mundo del cine, de la novela y de las artes plásticas. Su militancia comunista nunca será completa, pero no habrá nunca fracturas entre él y la dirección del PCI, como la que se da, por ejemplo, entre Vittorini y su revista "*Il Politécnico*" a raíz de una sonada polémica con Palmiro Togliatti. Pero ese intelectual solitario y amargado, que vive en sus últimos años en una constante recurrencia de exaltación y depresión, tendrá siempre las ideas claras. En una carta del 9 de septiembre de 1947 al dirigente comunista Fabrizio Onofri le resume con pasmosa precisión su opinión sobre el papel de los intelectuales en un partido marxista, una opinión más actual hoy que nunca.